

2.^a SESIÓN DE PRÓRROGA DEL 16 DE OCTUBRE DE 1899

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARCO AVELLANEDA

SUMARIO:—Asuntos entrados. — Consideración del dictamen de la comisión de hacienda en el proyecto de ley, en revisión, sobre conversión de la actual emisión fiduciaria de billetes de curso legal.

DIPUTADOS PRESENTES

Alemán, Alvarez, Argerich, Avellaneda (M. M.), Avellaneda (M.), Belderrain, Berduc, Bermejo, Bolli-
ni, Bores, Bouquet Roldán, Bruchmann, Cabral, Cal-
derón, Carballido, Carbó, Carlés, Carreras, Coronado,
Cortés Funes, Claros, Dantas, Daract, Dávalos, Eche-
garay, Ezquer, Falcón, Fernández, Fonrouge, Gálvez,
García (T.), Garzón, Gigena, Giménez, Gómez (I.),
Gouchon, Gutiérrez, Herrera, Iturralde, Lacasa, La-
gos, Lartigau, Leiva, Lobos, Loureyro, Luro, Llobet,
Machado, Martínez (J.), Martínez (M. R.), Mitre, Morel,
Obligado, O'Farrell, Outes, Pabelo, Parera (F. M.), Pare-
ra (R.), Paunero, Peña (J.), Peña (V.), Posse, Reyna,
Ruiz, Sáenz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santama-
rina, Sarmento, Scotto, Seguí, Serna, Serú, Usandi-
varas, Valenzuela, Varela Ortiz, Vedia, Vivanco,
Zavalla.

AUSENTES, CON LICENCIA

Almada, Avellaneda (F. F.) Cantón, Capdevila, Fe-
rrer, Ovejero.

CON AVISO

Balestra, Bénédict, Cullen, Ferrari, Godoy (E.), Go-
doy (M. E.), Gómez (C. F.), Guastavino, Hernández,
Laferrère, Lassaga, Massey, Palacios, Roberts, Rome-
ro, Sánchez Viamonte, Villanueva, Olivero.

SIN AVISO

Astrada, Barraquero, Cabal, Carrasco, Castellanos,
Conte, Gómez (M.), González, Lacavera, Láinez,
Lescano, López García, Luque, Moreno, Rivas, Sol-
dati.

—En Buenos Aires, á 16 de octu-
bre de 1899, reunidos en su sala de
sesiones los señores diputados arriba
anotados, el señor presidente declara
abierta la sesión, siendo las 3 y 30
p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión
anterior.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES ESPECIALES

—El señor ministro de obras públicas remite la
memoria correspondiente á ese ministerio, del año
próximo pasado. (*Se distribuirá á los señores di-
putados.*)

—El honorable senado comunica la sanción defini-
tiva del proyecto de ley referente á intervención en
la provincia de Catamarca. (*Al archivo.*)

—El mismo remite, en revisión, un proyecto de ley
ampliando en 30.000 pesos la partida primera del in-
ciso 5º del presupuesto de relaciones exteriores. (*A
la comisión auxiliar de presupuesto.*)

PETICIONES PARTICULARES

—El Centro nacional de ingenieros pide que al
tratarse el presupuesto de las universidades se in-
cluyan algunos ramos de enseñanza que considera de
interés nacional. (*A la comisión de presupuesto.*)

ORDEN DEL DÍA

CONVERSIÓN DE LA EMISIÓN FIDUCIARIA

Sr. Presidente—Se pasará á la orden del día, que por resolución de la honorable cámara la forman los proyectos sobre finanzas despachados por la comisión de hacienda.

—Ocupa su asiento en el recinto el señor ministro de hacienda, doctor José M.ª Rosa.

A la honorable cámara de diputados:

Vuestra comisión de hacienda ha estudiado el proyecto de ley, venido en revisión del honorable senado, é incluido en el decreto de prórroga, sobre conversión de la emisión fiduciaria actual de billetes de curso legal, en moneda nacional de oro; y por las razones que aducirá su miembro informante, os aconseja le prestéis vuestra sanción, suprimiendo los incisos: *primero del artículo cuarto, y primero del quinto, y agregando las palabras «emitirá y» después de «Caja de conversión» en el artículo séptimo.*

Sala de la comisión, octubre 6 de 1899.

*Pedro O. Luro.—Eugenio Alemán.
—R. Santamarina.*

PROYECTO DE LEY

El senado y cámara diputados, etc.

Artículo 1.º La nación convertirá toda la emisión fiduciaria actual de billetes de curso legal en moneda nacional de oro, al cambio de un peso moneda nacional de curso legal por cuarenta y cuatro centavos de peso moneda nacional oro sellado.

Art. 2.º El poder ejecutivo, en su oportunidad, fijará por decreto y con tres meses de anticipación, la fecha, modo y forma en que se hará efectiva la disposición del artículo anterior.

Art. 3.º El poder ejecutivo procederá á formar una reserva metálica que se llamará «Fondo de conversión» destinado exclusivamente á servir de garantía á la conversión de la moneda de papel.

Art. 4.º Destinase á la formación del «Fondo de conversión»:

- 1.º Cinco millones de pesos oro, que entregará la tesorería nacional, por cuotas de cien mil pesos oro mensuales;
- 2.º Cinco por ciento de impuesto adicional á la importación;
- 3.º Las utilidades del Banco de la nación;
- 4.º El producido anual de la liquidación del banco nacional, después de pagos los gastos de administración y el servicio de los títulos y deudas del banco;
- 5.º El producido de la venta del ferrocarril Andino y á La Toma;

6.º Los 6.967.650 pesos oro en cédulas nacionales á oro de propiedad de la nación;

7.º Los demás recursos que se destinen anualmente á este objeto en el presupuesto general.

Art. 5.º Estos recursos serán depositados en el Banco de la nación en la forma y plazos siguientes:

1.º Las cuotas de los cinco millones que debe entregar el poder ejecutivo, comenzarán á correr inmediatamente de sancionada y reglamentada la presente ley;

2.º Desde la promulgación de esta ley, el 5 % adicional á la importación, será remitido directa y diariamente por las aduanas de la república, al Banco de la nación ó sus sucursales;

3.º Las utilidades del Banco de la nación serán liquidadas semestralmente por el mismo banco, convertidas á oro y pasadas á la cuenta del Fondo de conversión;

4.º El sobrante del producido de la liquidación del Banco nacional será liquidado y entregado anualmente al Banco de la nación y convertido á oro por éste;

5.º Los 6.967.650 pesos oro de cédulas nacionales, serán negociados por el poder ejecutivo con el Banco hipotecario nacional, y su importe será entregado por este banco al de la nación, en los plazos que se convengán;

6.º El producido del ferrocarril Andino y á La Toma así que sea realizado, se entregará al Banco de la nación;

Art. 6.º El Banco de la nación empleará el Fondo de conversión exclusivamente en la compraventa de giros sobre el exterior. El poder ejecutivo reglamentará especialmente esta oficina de giros.

Art. 7.º Mientras no se dicte el decreto á que se refiere el artículo 2.º, fijando la forma y modo en que debe hacerse efectiva la conversión de la moneda de curso legal, la Caja de conversión entregará á quien lo solicite, billetes moneda de curso legal, por moneda de oro sellado, en la proporción de un peso moneda de curso legal por cuarenta y cuatro centavos de peso oro sellado, y entregará el oro que reciba por este medio, á quien lo solicite, en cambio de moneda de papel, al mismo tipo de cambio.

La Caja de conversión llevará una cuenta especial á los billetes que emita en cumplimiento del presente artículo y del oro que reciba en cambio.

Art. 8.º El oro que reciba la Caja de conversión, en cambio de billetes, no podrá ser destinado, en ningún caso, ni bajo orden alguna, á otro objeto que el convertir billetes al tipo fijado, bajo la responsabilidad personal de los miembros de la Caja de conversión ó empleados que consintieran la entrega.

Art. 9.º Los impuestos que perciba la nación en papel de curso legal ó en oro sellado, podrán ser satisfechos indistintamente en papel ó en oro al tipo fijado por esta ley.

Art. 10. Comuníquese al poder ejecutivo.

Dado en la sala de sesiones del senado argentino, en Buenos Aires, á 23 de septiembre de 1899.

N. QUIRNO COSTA.
B. Ocampo,
Secretario.

Sr. Presidente— Está en discusión en general.

Sr. Luro—Pido la palabra.

La mayoría de la comisión de hacienda me ha dado el honroso cometido de informar á la honorable cámara sobre los fundamentos del despacho que acaba de leerse.

Si la designación de mis distinguidos colegas de comisión importa para mí un señalado honor, representa al mismo tiempo una muy pesada carga, si se considera que la cuestión que hoy se trae al debate es de aquellas que tienen la virtud de apasionar á los que sostienen el pro y el contra en el campo de la economía social de todas las naciones; de aquellas que provocan divergencias fundamentales sobre la idea capital, si bien ocurre que existan puntos de concordancia en algunos de los múltiples aspectos que ofrece tan vasto y trascendental problema.

Mi posición es más delicada y difícil todavía si se tiene en cuenta que ninguno de los asuntos públicos debatidos desde la organización nacional hasta la fecha, si se exceptúa, tal vez, el de la federalización de la ciudad que irradia hoy vida y calor en todo el organismo de la nación, ha tenido tribuna más amplia para desenvolver la controversia. Iniciada ésta en las columnas de los grandes diarios, se propagó más tarde á los centenares de publicaciones nacionales y extranjeras; sentó sus reales en la cátedra, desde la que se difunden los principios de la ciencia, no sin que éstos pasen antes por el tamiz de la opinión individual de quien los profesa; fué materia de conferencias que revelaron, al par que la ilustración de los conferenciantes, las divergencias profundas de opinión en la masa del auditorio inteligente y respetuoso y llegó, por fin, señor presidente, á la alta deliberación del senado, no ya como un pensamiento apenas esbozado y á pesar de ello combatido con irrevocable empeño, sino como un plan financiero de gobierno, sometido al estudio y al voto de las cámaras del congreso.

Es en ese momento que las miradas todas del país se tornan hacia una de las cabezas más altas, entre las altas cabezas del senado, hacia el hombre ilustre ¿por qué no decirlo, señor presidente, si la gloria de un argentino es el patrimonio de todos los argentinos?... hacia el hombre que, apenas restablecido de una

grave enfermedad contraída en su larga y afanosa actuación pública, prefirió á las horas tranquilas de su retiro las tormentas y las agitaciones de esta su patria, que condensaba en un anhelo indefinible pero real la gravedad y los peligros de la situación presente. (*¡Muy bien!*) Y ese hombre, que percibía á la distancia los signos precursores de una honda crisis nacional, la más terrible, la más grave quizá que hubiera tenido que afrontar el país en el transcurso del tiempo; ese hombre vino á ocupar su puesto en las filas, esperado, aclamado, casi ungido por un pueblo que traducía en esa imponente manifestación del conjunto los intereses y aspiraciones individuales, llamados á chocar desde el día siguiente en conflictos y antagonismos insalvables.

La inquietud y el desconcierto reinantes señalaban sin duda alguna un malestar general; pero eran muy pocos los que se habían detenido á meditar sobre las causas inmediatas ó remotas que habían contribuido á originarlo: el organismo social estaba enfermo y todos clamaban por un remedio. El fenómeno, señor presidente, es común á todos los pueblos que en una hora dada de su evolución orgánica buscan en el tacto y la experiencia de sus gobernantes y estadistas la solución de los grandes problemas nacionales.

El cuadro de aquella situación ha sido bosquejado por el miembro informante de la mayoría de la comisión del senado con el relieve que le da la autoridad y el prestigio de su palabra. La República había salvado, por primera vez, después de muchos años, de la plaga de la langosta; la cosecha de cereales había sido espléndida; la situación política, tranquila; y, no obstante, la paralización de los negocios era notoria, los depósitos bancarios de papel inconvertible no tenían en los bancos movimiento alguno; la propiedad estaba abatida y un éxodo alarmante de trabajadores venía á burlar las esperanzas que muchos, irreflexivamente, habían cifrado en la valorización creciente del papel moneda.

El poder ejecutivo no podía permanecer indiferente ante los peligros de una situación que parecía llevar en sí los gérmenes de próximas y graves perturbaciones económicas, y de su estudio, al que aportó el

caudal de su vasta ilustración y de sus firmes convicciones el senador por Buenos Aires, surgieron los proyectos que, antes de ser conocidos en su estructura y en sus detalles, eran ya vigorosamente impugnados por los órganos de publicidad que dicen reflejar la opinión de la mayoría del país.

Yo, señor presidente, no sé si por idiosincracia ó por educación, tengo el mayor respeto por las opiniones ajenas; y cuando veo á los grandes diarios sostener opiniones contradictorias, respecto de uno de los tantos asuntos de interés público que informan su propaganda, no se me ocurre jamás hacerles la injuria de considerarlas ni menos sinceras, ni menos desinteresadas que las que haya podido formar á la luz de mi escaso criterio. Las divergencias de opinión, nacidas muchas veces de la diferencia de medio, de responsabilidades ó de puntos de vista, se van acentuando al calor de la propia impugnación, adquieren fuerza al contacto de los intereses favorecidos por esa propaganda, y acaban á menudo en el apasionamiento y la invectiva. ¡Cuántos hombres, colocados frente á frente en el terreno de la doctrina y aún en el de la apreciación de los hechos, podrían protestar igual indignación por el arbitrario, igual amor por la patria y la libertad, igual admiración por el desinterés y la virtud!

La oposición á estos proyectos de orden monetario tiene, señor presidente, hondas raíces en la historia de otros pueblos, y antecedentes de muy triste rememoración en nuestra propia historia.

Si es en el extranjero, bastará para caracterizar su índole el recuerdo del patriota Franklin, acusado de haberse embarcado con destino á Inglaterra, llevándose—¿qué, señores diputados?—el monto de una emisión de papel inconvertible autorizada por el primer congreso de su patria. Bastará citar á Pitt, escarnecido por sus enemigos, porque había decretado el curso forzoso en su país para impedir que el Banco de Inglaterra cerrara sus puertas á la vista de la Europa conflagrada, arrasando quizá á la nación misma en el desastre tremendo de las guerras napoleónicas.

Y entre nosotros, señor presidente, la oposición se ensañó contra Rivadavia por

la inconvención del año 26; contra Alvear, que siendo gobernador de Buenos Aires en la misma época en que se discutía en la legislatura el establecimiento de la oficina de cambio, fué vilipendiado por el crimen de haber prestado algunos millones de pesos fuertes á la nación, para sostener el triunfo de la libertad y de las armas nacionales en los campos del Paraguay.

Vemos pues, señor, que la oposición se presenta con iguales caracteres cuando se discuten cuestiones que afectan tan hondamente el organismo y los intereses de la nación. Debemos afrontar, pues, el estudio de estos proyectos sin falsos temores, pero sin soberbio desdén; debemos afrontarlos levantando en alto la bandera libre de la discusión y del examen, pero firmes en nuestras convicciones y en nuestros propósitos.

Tenemos la fortuna de poder aprovechar en este caso la experiencia de naciones más viejas y adelantadas, y si de estos proyectos surgen todos los beneficios que yo entreveo para mi país, tendré personalmente motivo para agradecer una vez más el alto honor que se me ha hecho permitiéndome ocupar un lugar en esta cámara.

Fijada mi posición en el debate, quiero entrar á ocuparme de la ardua cuestión que hoy debemos encarar.

El papel moneda ha sido, con dos cortos intervalos en la vida de la nación, el único instrumento de nuestras transacciones. Estos dos intervalos han sido el que media desde 1867 hasta 1876, mientras permaneció abierta al público la oficina de cambio, y el más corto todavía que media desde el año 83 hasta el 85, en que se declaró nuevamente la inconvención.

Puede decirse, pues, que la vida de la República ha sido la vida del papel moneda inconvertible, y esto ha hecho creer á algunos que el papel moneda era para el país un instrumento necesario y útil. Se ha creído por algunos que esta era la normalidad de la República, y debo confesar, señor presidente, que si la normalidad consiste en el estado regular, tienen razón los que esto afirman.

Pero no hay que equivocarse.

El papel moneda es en este, como en todos los países, un instrumento pernicioso para las transacciones. El doctor Ave-

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

lanedalo calificó de cáncer de la riqueza social, y todos los economistas lo condenan como el régimen más funesto que pueda afligir á un pueblo. Mr. Montalivet, uno de los economistas de este siglo, llegó á clasificarlo de peste moral para las naciones.

El papel moneda, como instrumento de los cambios, da por resultado, en muchos casos, activar las transacciones y, al producirse una contracción monetaria, como efecto de la disminución de los negocios de un país, sobrevienen generalmente perturbaciones más ó menos violentas, crisis más ó menos intensas, y es de observación general, que el papel moneda origina en el país que lo soporta crisis más persistentes, más frecuentes y más dolorosas que en aquellas naciones que rigen sus operaciones comerciales por medio de la moneda metálica.

Por otra parte, nuestra propia historia nos enseña que el papel moneda no ha sido un instrumento de indiscutible eficacia para nuestra prosperidad, y podría decirse que es tal vez ese factor el que ha retardado nuestro progreso, el que ha constituido un obstáculo á la libre expansión de las fuerzas naturales de la nación.

Siendo este el criterio general de los economistas, habiendo sido este el criterio común á todos los gobernantes argentinos, es muy explicable que el poder ejecutivo haya considerado llegada la oportunidad de plantear el problema de la conversión dentro de los recursos de que puede disponer hoy la República.

Todos los países que han vivido bajo el régimen del papel inconvertible han hecho esfuerzos sobrehumanos para salir de él.

Tenemos en este siglo dos ejemplos que han servido ya para ser citados en la discusión del honorable senado, el ejemplo de la Rusia y el de Austria, países que han vivido, la Rusia desde hace un siglo, y el Austria desde el comienzo del presente, bajo el régimen del papel moneda, sufriendo frecuentemente todas las crisis, todos los fenómenos propios de este estado enfermizo. Y nosotros, por un hábito inveterado, nos hemos acostumbrado á mirar sin repugnancia el régimen del curso forzoso, y es necesario que el país haga un supremo esfuerzo para salir

de él y para que las transacciones dejen de estar sometidas á las fluctuaciones de la moneda.

Quiero analizar muy ligeramente los efectos del curso forzoso en algunos países.

No puedo ofender la ilustración de mis honorables colegas, deteniéndome á estudiar cada uno de los hechos ocurridos en los países que han estado sometidos á esta calamidad.

Los he de tratar muy ligeramente, apenas lo suficiente para fundar la actitud que la mayoría de la comisión de hacienda ha venido á asumir en defensa de la iniciativa del poder ejecutivo.

Señor presidente: los Estados Unidos tuvieron durante muchos años el papel moneda depreciado, en la época de la guerra de la independencia.

Los efectos producidos en las fortunas particulares han sido descriptos por los autores con colores muy acentuados, y uno de los economistas que ha hecho un estudio más detenido de la cuestión, el señor Bolles, en su «Historia financiera de los Estados Unidos» presenta numerosos casos, cartas y mensajes entre hombres notables, dando cuenta de los fenómenos, de los perjuicios y perturbaciones que ocasionó en aquel país la existencia del papel inconvertible.

Para nosotros, señor presidente, la depreciación del papel moneda representa peligros constantes, y su valorización más allá de los límites que le señala el promedio que han tenido las cotizaciones durante un período, entraña peligros más graves aún.

Este es el pensamiento fundamental de los proyectos del poder ejecutivo, y es el que ha de servir para examinar en detalle los inconvenientes que tendría para el país la rápida valorización de su medio circulante.

Desde luego, hay que reconocer que en el país, después de una abundante cosecha, en medio de una situación tranquila, sin haber sufrido ninguna de las plagas ó calamidades que explican las crisis económicas, la situación de paralización, de abatimiento en todos los negocios, que era la característica hace tres meses, debe reconocer una causa, y esta causa, lógicamente, tiene que ser de naturaleza monetaria.

¿Cómo se explica que la valorización del medio circulante, que para muchos significa el acrecentamiento de la riqueza, en razón de que la masa de moneda que circula aumenta de valor; cómo se explica, digo, que esta valorización haya podido traer una depresión general en todas las actividades del país, determinando la crisis que tomaba ya caracteres hace poco tiempo, al iniciar el poder ejecutivo el estudio de esta cuestión?

Es que se olvida en este caso, y esto me parece que constituye uno de los aspectos fundamentales de la cuestión, que todas las actividades de un país son armónicas, que la producción se vincula con el costo de la misma, que las transacciones comerciales son un conjunto de créditos y de deudas, y que si se produce el desnivel entre los créditos y las deudas, ese desnivel tiene forzosamente que traducirse en un malestar profundo, en un principio, y en una crisis grave después.

Se ha dicho en el curso de esta discusión que no había razón para contener la valorización del papel; que esto importaba una protección desmedida á la industria, y que por otra parte la producción superabundaba en el mundo, y que no había por qué forzarla dentro de nuestro país.

Esto, señor presidente, no es exacto. Las crisis agrícolas han sido estudiadas por los hombres más competentes de la Europa, y el señor Numa Droz, un economista suizo, ha hecho un estudio especial de la cuestión dividiendo las causas de las crisis agrícolas en tres grandes clases: generales, económico sociales é individuales.

Las causas generales no están al alcance del hombre, no pudiendo impedirse que obren en un momento dado; pero no sucede así con las causas individuales, causas que los hombres pueden atenuar en sus efectos.

Así, por ejemplo, la superproducción es un fenómeno general, por más que intervenga en él el factor hombre; pero no está al alcance de ningún productor el impedir que la producción en el mundo llegue á un límite dado.

Numa Droz cree que la depreciación que se ha notado en la producción desde el año 73 para adelante, y, posteriormente, el recrudecimiento observado el año 93, ha

obedecido á causas generales de orden económico y de orden monetario.

Esta opinión es también la opinión de Bourguin, que en una obra muy notable publicada hace dos años, que lleva por título «Medida del valor y de la moneda», estudiando las causas de las crisis agrícolas, dice que el factor principal que las determina es la depreciación del instrumento de las transacciones en los países productores.

Así, por ejemplo, estudiando la situación universal de la agricultura llega á establecer que la India, que ha tenido su papel, su rupia depreciada, la República Argentina, con su moneda circulante inconvertible y los Estados Unidos con la plata en la región del oeste, han producido el abatimiento de los precios obedeciendo á un proceso que él señala y estudia con mucha minuciosidad.

Dice Bourguin que los países que viven dentro de un régimen de moneda inconvertible, deprimen los precios de sus mercaderías para atraer el oro que les falta, y que esto explica que países como la Francia, con una circulación metálica de siete mil millones de francos, es decir, la quinta parte de la moneda de oro existente en el mundo, puedan sufrir por razones de orden monetario una baja en el precio de los productos similares indígenas.

Por su parte, Macleod, en su famosa obra «Theory of credit», afirma que la depresión en los precios no tiene por causa en la mayor parte de los casos una superproducción, sino una especulación excesiva que da lugar á la creación de gran cantidad de letras de cambio, muchas de ellas de naturaleza ilegítima, las cuales aumentan el precio de las comodidades, aumento causado en parte por el alza esperada de los precios. Estas letras son descontadas por los bancos y dan lugar, en consecuencia, á un aumento considerable de los depósitos ó créditos bancarios, y este vasto aumento de los créditos mercantiles y bancarios infla la medida del valor, y eleva los precios de las comodidades en todas partes.

Cuando se producen las quiebras y las sigue una gran crisis comercial, el exagerado crédito es destruido, y disminuyendo el volumen de la circulación, ó la medida del valor, se produce una baja general en los precios.

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

Ahora bien, es sabido que el período de 1873 fué en Europa un período de enorme especulación; los torrentes de crédito que ella creó hicieron subir los precios á una altura inverosímil.

Después 1873 vino el derrumbe, y quedando destruido el crédito especulativo, los precios bajaron tan rápidamente como habían subido.

Hay quien desconoce las relaciones que existen entre la baja de los productos de la agricultura y el instrumento interno que rige las transacciones de los países productores; pero no oponen razones aceptables á los hechos aducidos por diversos publicistas.

Agrega Bourguin que aunque eso pueda parecer paradójal, el fenómeno es debido á una penuria de oro, que existe, no en el país que vive dentro del régimen de la circulación metálica de oro, pero que obra del exterior, que produce el fenómeno del envilecimiento de los precios.

Esta debe ser incuestionablemente una observación común á muchos hombres que han querido darse cuenta de la razón de este fenómeno; y no hace todavía un año que un ministro de hacienda europeo, creo que el señor Michel, miembro del gabinete alemán, explicaba en el parlamento las razones de la depresión de los precios en la producción agrícola de Alemania. Decía que ella se debía al régimen de la inconvención en que vivían los grandes países productores. Y señalando á la República Argentina, decía: mientras este régimen no se modifique, la Alemania difícilmente podrá luchar con esos países.

Esto no quiere decir que debemos permanecer siempre en la inconvención. Esto significa sí que debemos cuidarnos de no quebrar la relación del valor de nuestro medio circulante y el equilibrio de todos los compromisos, de todos los créditos, creados al amparo de un régimen que ha durado quince años.

En los organismos de las naciones se producen iguales fenómenos á los que determinan ciertas condiciones de medio en los individuos. Un país que ha vivido dentro de la inconvención durante cierto número de años, no puede absolutamente salir de ella por medios violentos, es decir, por medio de una apreciación violenta del papel, sin que inmediatamente se sientan

en todas las transacciones comerciales las consecuencias de ese hecho.

Se ha dicho también, señor presidente, que estos proyectos importaban un acto de despojo para aquellos que han prestado fe á las declaraciones de los gobiernos anteriores respecto del papel moneda. Pero esto es desconocer en absoluto el mecanismo de las operaciones internas de un país. No es cierto que los economistas den razón á los que esto sostienen. Hay muchos economistas, los más autorizados, que declaran que cuando un país ha vivido dentro del régimen de la inconvención no puede quebrar la armonía de relaciones creadas dentro de este régimen sin producir horridas perturbaciones; y uno de ellos, Paul Cawès, refiriéndose á la conversión del Austria, conviene en que no pudo verificarse de otro modo que en la forma en que se hizo.

Más adelante, estudiaré esta conversión y las razones á que ella obedeció.

Es indudable que las grandes industrias del país son las industrias rurales: la ganadería y la agricultura; luego, si se demuestra que en los proyectos del poder ejecutivo no hay lesión para la gran masa de intereses generales sino que por el contrario se beneficia á una enorme suma de intereses arraigados de antiguo en este suelo, se habrá puesto en evidencia que el pensamiento del gobierno encierra un plan fundamental y financiero.

Las grandes industrias, señor presidente, la agricultura y la ganadería, representan actualmente el 80 % en el total de nuestra producción. Y cuando se examina la situación del mercado universal surge en plena luz la necesidad, no de protegerlas indebidamente porque todos los señores diputados han de reconocer que ni la agricultura ni la ganadería han sido favorecidas por la tutela del gobierno en ninguna de las épocas de nuestra historia, sino de evitar que sufran perjuicios. Esas industrias se han desenvuelto por el esfuerzo individual de los hombres; y lejos de ser protegidas han encontrado muchas veces obstáculos en su libre desenvolvimiento.

Está calculado que la producción de 1898 alcanzó á un total de ciento cuarenta millones de pesos oro. La diferencia de precio á que esa gran cosecha se realizó y aquel á que podría haberse realizado, si el

agio no se hubiera anticipado á recoger los beneficios que correspondían á la producción, representa, según cálculos autorizados, setenta millones de pesos oro, es decir, la diferencia que hay entre trescientos ochenta millones papel y seiscientos diez millones en que esta cosecha ha sido vendida.

Y bien; ¿dónde están esos setenta millones? ¿quién los ha ganado?

El país los ha perdido; la especulación no puede hacer figurar en su saldo un beneficio tan enorme.

Es aquí que reside la explicación del fenómeno de las crisis producidas por una valorización violenta. El papel se valoriza, pero el precio de cotización que antes tenía es el que ha servido para establecer todas las relaciones en la producción, todos los créditos, todos los compromisos, todas las deudas, en una palabra. Valorizándose el papel, el país no ha ganado nada. El país ha perdido y el agio ha ganado una pequeña diferencia representada por la diferencia de los tipos de cotización que han podido hacer descender el índice de una manera tan extraordinaria, que produzcan un desequilibrio en la producción de setenta millones de pesos.

Ahora, obtenida la relativa estabilidad de la moneda, las industrias podrán desenvolverse, podrán cobrar todo su vigor y todas sus energías, y ocuparán tal vez dentro de muy pocos años, el primer lugar entre todas las naciones productoras del globo.

La República Argentina ha alcanzado el cuarto lugar entre las naciones productoras de cereales y el segundo lugar como país productor de carne. Un publicista argentino muy competente en esta materia, el señor Lahitte, dice que la lucha para la producción de carne se ha establecido desde hoy en aquellos países que tienen menor densidad de población humana, mayor territorio fértil y mejores medios para conseguir carnes baratas y de buena calidad; y que si la República se esfuerza en modificar y mejorar sus condiciones en esos dos sentidos,—calidad y baratura,—habrá obtenido el predominio definitivo sobre las naciones productoras del mundo.

La producción de carne debe ser defendida en este país, porque representa una inmensa riqueza, porque está llamada á

derramar sobre nosotros beneficios incalculables, y para ello es necesario estudiar la situación en que están todas las naciones respecto á su producción y consumo.

Los Estados Unidos, que han sido y siguen siendo un gran mercado exportador de carne, disminuyen anualmente las cifras de su exportación por la necesidad de su propio consumo. La República Argentina y la Australia luchan hoy en el campo de la producción de ganado ovino en condiciones que las han colocado en el primer rango.

La cifra de las exportaciones de carnes congeladas—para no considerar sino uno de los aspectos de esta cuestión—ha alcanzado el año pasado á seis millones y pico de cabezas entre la República Argentina y la Australia.

En uno y otro país se han radicado poderosísimas empresas de congelación con los elementos y maquinarias más adelantados, y hoy que los progresos de la técnica industrial han suprimido casi puede decirse la distancia entre los campos en que se alojan los ganados argentinos y australianos y las grandes ciudades de Inglaterra y Francia, puede calcularse el inmenso porvenir que le está deparado á esta industria en los dos países. Y si se estudian las condiciones en que uno y otro están colocados, puede asegurarse que nosotros saldremos definitivamente triunfantes en esta lucha de predominio.

La Australia, en primer término, no puede luchar con nosotros en el campo de la producción de cereales. La zona de sus cultivos es relativamente pequeña. Ella está encerrada en una faja que sigue la costa del continente australiano, que tiene apenas unos cien kilómetros de ancho, un poco más en Victoria, un poco menos en la Australia del Sud, y que transponiendo la cadena de montañas que encierra esa zona, acaba en el estéril desierto australiano, donde están diseminados los campos de oro de la Australia occidental.

Los horizontes que el mismo suelo y clima ofrecen á la ganadería son por cierto más vastos. Las inmensas praderas del Murray y del Darling pueden alojar inmensas cantidades de ganados, y es extraordinario, señor presidente, el progreso de la ganadería en aquel país, si se considera que en 1792 la Australia tenía ciento cinco ca-

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

bezas de ganado y en 1892 esa existencia alcanzaba á 122.000.000 de cabezas. Una sola de las colonias de Australia, la Nueva Gales del Sud, ha aumentado diez veces su existencia de ganado en el término de diez años. El Queensland, donde el carnero ocupa solamente el tercio meridional del territorio, tenía en esa fecha 21 millones. Victoria 13 millones. Toda la Australia no tenía en 1861 sino 23.000.000 de cabezas de ganado lanar, y ha alcanzado en 1892 á la enorme suma que acabo de hacer conocer á la honorable cámara.

Y bien, señor presidente: aún tomando en cuenta este gran esfuerzo de las colonias australianas, producido por la acción perseverante y enérgica de una raza industriosa, podemos decir que si protegemos, si defendemos esta industria, defendiendo la moneda, habremos colocado á la República Argentina en un rango más adelantado todavía que la Australia. Nuestra situación es más ventajosa por estar mas cerca de la Europa; nuestro clima puede rivalizar con el australiano, si bien no crecen al aire libre en todo nuestro país, como en Nueva Zelandia, las camelias gigantes y los helechos arborescentes, pero tenemos todavía tierras feraces y vastas, que sólo esperan la acción del trabajo y de la población para salir del sueño secular en que están sumergidas. Un reciente informe del ministerio de la agricultura nos dice que la alfalfa se puede cultivar desde la Tierra del Fuego hasta Jujuy y desde los valles andinos hasta Misiones, y por mucho que se arroje en la cuenta de nuestras imprevisiones y desaciertos, ha de quedar todavía bastante tierra argentina con que satisfacer las necesidades siempre crecientes del consumo universal! (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Sr. Sáenz—Como el autor parece estar un poco fatigado, podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, dice el

Sr. Presidente—Continúa la sesión.

Tiene la palabra el señor diputado Luro.

Sr. Luro—Uno de los aspectos más combatidos, señor presidente, por la impugna-

ción á estos proyectos, es aquel que los exhibe como queriendo impedir la valorización del papel.

Se ha considerado que el hecho de contener la valorización del papel moneda importaba el descrédito para el país y un perjuicio evidente para la gran suma de intereses vinculados á la promesa gubernamental de convertir algún día el papel moneda por su valor nominal.

Debo encarar esta faz de la cuestión, porque es sin duda alguna, una de las más fundamentales.

Desde luego, señor presidente, debo manifestar que los que sostenemos que un país debe contener, en un momento dado, la valorización de su moneda circulante, no estamos solos; al contrario, estamos en compañía de los economistas más autorizados y de los gobernantes y estadistas argentinos de mayor renombre.

Courcelle Seneuil, en su tratado sobre las operaciones de banco, dice, refiriéndose á la conversión de Inglaterra, que no obstante la depreciación insignificante que sufrían los billetes en 1821,—depreciación que era sólo de 4 %—las perturbaciones que originó el hecho de la conversión á la par, son notorias y los resultados de ningún beneficio, salvo para los pensionistas del estado, para los funcionarios y para las clases privilegiadas de la sociedad. Y su opinión es tan terminante á este respecto, que llegó á considerar que la conversión rusa de 1839 se hizo por un procedimiento mucho más juicioso y equitativo; son sus palabras.

¿Y saben los señores diputados cuál fué la conversión rusa de 1839? Era aquella que establecía definitivamente la conversión del rublo de papel que se había depreciado como se ha depreciado entre nosotros la moneda nacional, en la proporción de 3 y medio rublos papel para un rublo oro, conversión á 3 y medio por uno.

Y Garnier, reputado economista, dice que el proceder de la Inglaterra acusa á lo sumo una singular vanidad por parte de las cámaras inglesas, que llegaron á considerar que el hecho notorio de la depreciación de 4 por ciento que sufrían las libras esterlinas de papel, no debía impedirle al parlamento hacer la solemne declaración de que el papel no estaba depreciado. Se trataba de 4 por ciento, señor presidente.

Otro economista, Bourguin, dice que la contracción monetaria — quiero tomar la síntesis de la opinión de cada uno de estos hombres, porque ella ha de contribuir á dar mayor autoridad á mi palabra—dice que la contracción monetaria y la baja del precio produce la inercia del capital, la baja del interés y la reducción de todas las rentas.

Otro economista, Lavelaye, declara que el resultado definitivo de la conversión á la par y de una valorización desmedida de la moneda es agobiar á los deudores.

Garnier, en otra parte, dice que la depreciación excesiva como la contracción por efecto de la valorización de la moneda produce iguales resultados: probabilidades de crisis. Y por fin, Wagner, economista alemán muy citado, muy comentado hoy, dice: que la depreciación, ó, más exactamente, la estabilidad á cierta altura, obra como una prima á la exportación.

Ahora bien; debo agregar que en la obra de Burguin se registran numerosos informes enviados por los cónsules ingleses á su gobierno, estableciendo este hecho: que la relativa depreciación, ó más bien dicho, la estabilidad monetaria dentro de determinado tipo de cotización importa, una prima á la exportación y es benéfica para los países que la establecen.

Leroy Beaulieu, autoridad siempre citada y siempre respetable, cuyas opiniones son perfectamente conocidas, cuyos principios en materia de economía política son casi absolutos, que condena y flagela los estados de inconversión, dice, refiriéndose á los agricultores del oeste de los Estados Unidos, que sus reclamos cuando veían valorizarse la moneda eran perfectamente justos y que hubiera sido equitativo que pudieran cancelar sus deudas con la depreciación media que había sufrido el papel en la época en que ellas se originaron.

Vemos, pues, un concurso respetable de opiniones, todas las cuales nos señalan los peligros, los evidentes perjuicios que sufriría el país por el hecho de la valorización desmedida de la moneda.

Cuando estas opiniones pueden robustecerse con los antecedentes históricos de nuestro propio país, es oportuno citarlos.

Posteriormente á la caída de Rosas, cuando el general Urquiza, después de su

entrada triunfal en Buenos Aires, asumió el gobierno interino de la Confederación, dándose cuenta de que la valorización del papel, respecto á las onzas de oro, de 300 á 250, mucho menor por cierto que la que sirvió después para establecer la conversión el año 77, producía una perturbación en todas las transacciones y amenazaba el equilibrio de las industrias rurales, dictó un decreto, con fecha 7 de septiembre de 1852, estableciendo que las oficinas de recaudación de la provincia de Buenos Aires recibirían una onza de oro por 256 pesos moneda corriente y entregarían 256 pesos moneda corriente por una onza de oro; que el gobierno satisfaría todas sus obligaciones y recibiría sus rentas por tributación al mismo tipo de cambio de 256; y uno de los fundamentos de ese decreto, muy olvidado por cierto, era que con la apreciación del papel se daba lugar á que la especulación tierra que moviera los capitales, retirándolos de la debían fecundar, así como de las actividades del comercio, encargados de fomentar.

El plan del general Urquiza fué el que sirvió de base, según la opinión, muy respetable, del señor don Agustín de Vedia, para la organización que quince años después se habría de dar á la oficina de cambio.

Pero muy poco tiempo después, en 1859, con fecha 16 de julio, se emiten en la provincia de Buenos Aires 30 millones de pesos moneda corriente, destinados á sufragar los gastos de la guerra que había de sostener esa provincia con el gobierno de la Confederación, y en la ley respectiva se establece que el 10 % de las entradas de exportación é importación que correspondían á ese estado, sería destinado á la amortización del billete por medio de la quema. Posteriormente, en ese mismo año, el 11 de octubre, la legislatura de Buenos Aires votaba una nueva emisión de 30 millones de pesos moneda corriente, estableciendo una cláusula idéntica: que el 10 por ciento de las entradas por importación y exportación sería destinado á la amortización por medio de la quema.

Se inicia el gobierno de 1860 en la provincia de Buenos Aires, y el 23 de julio de ese año, el señor diputado don Norberto de la Riestra presenta un proyecto por el cual los recursos que destinaba la ley del

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

año anterior á la quema, se aplicaban al fomento de los ferrocarriles de la provincia, en razón de que aquella ley había llenado su objeto, más aún, lo había superado, porque habiendo tenido por objeto la cláusula de la quema evitar que los billetes sufrieran una gran depreciación, se había producido por este misterio de las fuerzas económicas de un país, misterio muchas veces inexplicable, el hecho de que á pesar de haber aumentado la circulación en 60 millones de pesos moneda corriente, el billete se hubiera apreciado de 330 á 325.

El señor Riestra presentó su proyecto, que fué favorablemente despachado por la comisión, informando el señor Huergo. Como estos antecedentes son preciosos, no hay que librar su comentario á la memoria, hay que robustecer la autoridad de la cita con la lectura, y la honorable cámara querrá disculpar que, apartándome de un procedimiento observado hasta ahora, lea algunos párrafos relativos á ese debate.

El señor de la Riestra decía:

«Tal es el caso actual. Antes de darse esa ley, cuando había en circulación 209 millones de pesos moneda corriente, teníamos el valor del oro á razón de 350 ó 360 pesos por onza. Después de haberse emitido 80 millones, tenemos el valor del oro á trescientos treinta y tantos. ¿Se han llenado ó no los objetos de la ley? La ley no debe entrar en las oscilaciones del oro, ni es su fin que el precio de éste suba ó baje. Lo que desea es, en cuanto sea posible, evitar las fluctuaciones en el valor del papel moneda: todo lo que se diga en contrario es una verdadera falacia, no se puede discutir.»

Y más adelante, estudiando el objeto y la tendencia del proyecto, agregaba: «¿Daré crédito al país? Yo digo que sí, que le producirá más crédito y más renta que la quema de billetes, la que sólo traería la ruina del comercio: que desnivelaría y destruiría todas las operaciones entre acreedores y deudores, que haría que el que hubiese hipotecado una casa por 100.000 pesos, quedara arruinado al tiempo de su pago. Veo en el acto de la quema algo más que superfluo, directamente perjudicial al comercio, á todas las operaciones que están basadas en un valor dado del medio circulante.

«Nunca puede tener objeto útil el que haya desnivelación en los valores del medio circulante. ¿Qué intereses pueden ofenderse con este proyecto? Se ofenderán solamente los intereses de los especuladores, pero con éstos no tiene cuenta el país.»

Y contestando al doctor Cantilo, agregaba: «Quiero entrar en pormenores, en aquellos detalles que convencerán al señor diputado que el país se arruina, aunque para algunos pueda ser una gran cosa esa fluctuación de la moneda.

«¿El país es ó no deudor totalmente á todo el mundo? Yo sostengo que lo es, por su naturaleza y modo de ser; pero si el país contrae una deuda equivalente á 10 millones, y tiene que pagarla con doce ó catorce, yo sostengo que el país defrauda su industria, se perjudica, porque indudablemente vendría la bancarrota general.

«El país no tiene cuenta con los especuladores. Mantener en cuanto sea posible el nivel de los valores, debe ser siempre el objeto de todos; ni más arriba ni más abajo. Es el único objeto moral. Pero la apreciación del medio circulante no viene á traer más que la desnivelación del mismo, y en vez de traer el crédito traerá infaliblemente el descrédito por medio de la bancarrota general.

«Todo lo que tiene relación con las operaciones comerciales, es lo que forma el crédito del país, y eso que no está limitado á la circulación importa miles de millones (se refiere á la moneda corriente) entre el deudor y el acreedor.

«En estas materias soy escrupulosísimo; citaré la autoridad más moral, la del hombre que merece más crédito en Europa, la del economista rentado por la reina de Inglaterra para darle opinión sobre estas materias, el señor Mac Culloch, quien escribiendo para la Enciclopedia Británica, nos dice: «Es malo que los gobiernos propendan á depreciar el medio circulante (alude á la rebaja de la ley ó peso de la moneda), pero una vez admitida y establecida la depreciación, es altamente inconveniente el volver á apreciarla forzosamente.» Si queremos apreciar demasiado el papel moneda, vamos á arruinar al país y cometer la mayor injusticia y trastorno.»

Hizo también referencia el señor de la Riestra, en el curso de su exposición, á

la crisis que afligió á las industrias rurales y al comercio en el año 50, por el hecho de una valorización de un veinte por ciento en el papel moneda circulante.

Este proyecto, señor presidente, fué votado por gran mayoría en la cámara de diputados. ¿Y quiénes formaban aquellas cámaras? Grandes nombres: Avellaneda, Elizalde, Moreno, Montes de Oca, Gutiérrez, Zelis, uno de los diputados más ilustrados en aquellos debates. El proyecto pasó al senado, y pocos días después, el 2 de agosto, se iniciaba su discusión en aquel alto cuerpo.

Todos los señores diputados saben cuál era la composición del gobierno en aquella época. Estaba al frente de los destinos de Buenos Aires el eminente estadista, que después de cuarenta años consagrados por entero al bien público, aparece hoy como la personificación viviente del patriotismo, el hombre á quien la gratitud nacional ha colocado por encima de todas las divergencias y de todos los partidos, como queriendo adelantarse en esa forma de respeto colectivo al homenaje que han de tributarle más tarde las generaciones venideras. (*¡Muy bien!*)

¿Y quiénes eran, señor, los colaboradores del ilustre general Mitre, en aquel gobierno inaugurado el 3 de mayo del mismo año? Sarmiento en la cartera de gobierno, Elizalde en la cartera de hacienda. Si las reglas de la perspectiva hacen que las montañas aparezcan con todo el majestuoso relieve de sus crestas cuando se las mira á la distancia, hay que reconocer que hoy nos es dado apreciar con más exactitud, los hombres que actuaron en aquel escenario, los perfiles vigorosos de aquellas tres personalidades. (*¡Muy bien!*)

Y bien, vamos á conocer las opiniones de aquel gobierno por el órgano autorizado de su ministro de hacienda, doctor Rufino de Elizalde.

La comisión del senado había despachado en contra el proyecto del señor de la Riestra. Había un despacho firmado por la mayoría, compuesta del señor Manuel Ricardo Trelles y el señor Amancio Alcorta, padre del actual ministro de relaciones exteriores, y el informe de la minoría por don Ambrosio Lezica. La mayoría calificaba el proyecto de inmoral y de in-

conveniente: de inmoral, porque importaba una violación solemne de la fe pública, y de inconveniente, porque no habría de dar los resultados que de él se esperaban.

La impugnación, señor presidente, llegó á tal extremo, que pocos días antes el diputado Arca, en una especie de apóstrofe, declaró en la cámara de diputados que era una vergüenza que se pudiera atentar contra una ley que establecía la quema del billete para asegurar su valorización creciente. Veamos las opiniones del señor ministro de hacienda y las opiniones de aquel gobierno.

«Pocas cuestiones, señor, decía don Rufino de Elizalde, pueden venir ante el senado que, ajenas completamente á todo sentimiento de partido, vengán á afectar tan profundamente los intereses de la sociedad como la actual. Esta cuestión toca, como he dicho antes, la más grande de las cuestiones que nos quedan que resolver en nuestro país... El gobierno no tiene ni puede tener interés en que se acepte tal ó cual idea, pero el senado debe comprender que del voto que emita en esta cuestión, va á depender la solución de grandes cuestiones que el senado más tarde tendrá que resolver.»

Disculpenme los señores diputados si en el deseo de no alterar en lo más mínimo la declaración del señor ministro de hacienda de aquella época prefiero la lectura al comentario que deriva de una exposición parlamentaria.

«El gobierno cree, dice el ministro, que las obligaciones de los particulares están regidas por ciertos principios que no pueden de ningún modo aplicarse á los estados. Se ha creído que el papel moneda está en las mismas condiciones que la deuda pública, y este es uno de los puntos de partida errados, á mi modo de ver, que ha tenido la comisión para aconsejar que se deseche este proyecto.

«El papel moneda, si bien participa en algo de una deuda, no puede considerarse absolutamente incluido en las condiciones de una verdadera deuda pública; la deuda pública nace de un contrato, de una obligación precedida de un impuesto en que se estipula las condiciones del pago por medio del interés y demás. Faltar á un compromiso de esta naturaleza sería evidente-

mente una violación de la fe pública, porque importaría la violación de un contrato que nace de la ley; pero el papel moneda no reúne las condiciones de una deuda pública.»

Y después de examinar los diversos aspectos del problema el señor Elizalde concluye:

«¿Conviene apreciar el papel moneda?» (Me parece que la cuestión es de actualidad para nosotros). «¿Conviene apreciar el papel moneda? ¿Conviene como medio de apreciación la quema? Entonces vamos á entrar en esta vía, y el senado adoptando el consejo de la comisión de hacienda lanzaría al país en un camino que á mi modo de ver y al del gobierno importa la ruina de los capitales y de la industria. El senado puede resolver lo que crea conveniente, pero el gobierno ha creído que en una cuestión de esta gravedad no puede prescindir de emitir su opinión.»

Y al día siguiente, señor presidente, sostuvo el ministro de hacienda doctor Elizalde la impugnación de los señores Valentín Alsina y Mármol, y agregaba, después de historiar el Banco nacional, después de demostrar que con la ley que creó el Banco nacional, que estableció la conversión á la par, vino el curso forzoso del año 26 y la liquidación posterior de los créditos que le había originado al estado el establecimiento de ese banco, que era banco particular en un principio: «Quedaban entonces los tenedores de papel moneda sin el derecho que se les había reconocido de convertirseles sus notas á la par. Las necesidades que el país ha sufrido bajo las distintas administraciones han hecho que se hagan muchas emisiones de papel moneda. Se pregunta ahora ¿cuál es la obligación del país? ¿Tiene que cumplir con los primeros compromisos de convertir una nota de papel moneda en metálico? O como creen otros, ¿la obligación del país se limita á convertir el papel moneda en metálico según el valor, según las emisiones que han tenido lugar?»

Esta última forma de liquidación fué considerada por el ministro como imposible: se trataba de establecer por ella el promedio parcial de cada emisión, porque no había la posibilidad de averiguar la justicia que tuviera cada tenedor de papel moneda, según el precio de éste en tal ó cual época.

Y refiriéndose al estado de relativa apreciación del papel moneda en esos momentos, decía:

«Es un hecho que el papel vale hoy más de lo que valía entonces.

«¿Y qué derecho tienen los tenedores á que los poderes públicos les den una ganancia indebida?»

Creo haber citado lo bastante, señor presidente, para presentar el cuadro de aquella situación con todos los contornos y los colores que exhiben la actitud del gobierno y establecen la perfecta concordancia de opiniones con las que á través del tiempo habían de determinar la presentación de los actuales proyectos del poder ejecutivo nacional.

Entonces como ahora, señor presidente, se sostuvo ardientemente que el estado no podía desconocer la obligación de redimir á la par los billetes de moneda inconvertible. Entonces como ahora se consideró que no había peligro en esta valorización creciente de la moneda, y en medio de aquel cuadro, señor presidente, surge con líneas acentuadas la figura del ministro de hacienda doctor Rufino de Elizalde sosteniendo valientemente la actitud del gobierno y el deber imprescindible en que se encontraba de defender el comercio y las industrias de la provincia.

Señor presidente: el asunto es tan vasto que me asalta el temor de fatigar á los señores diputados... ¡No, no señor!

Debo considerar otro de los aspectos de la cuestión: el tipo de la conversión, el tipo de 227.

Este tipo, en el primer momento ha parecido una fantasía, un tipo casi sin articulación, que no se explicaba á los ojos de aquellos que pocos días antes habían visto al papel moneda apreciado en un tres, en un cuatro, en un cinco por ciento, es decir, que habrían visto el papel moneda cotizado á 214 en vez de los 227 del proyecto.

Pues bien; ese tipo revela toda la seriedad, toda la ponderación, toda la justicia y el acierto con que el poder ejecutivo ha querido determinar la relación definitiva que habría de acordar al papel moneda respecto del instrumento universal de los cambios: el oro.

Para llegar á aquel tipo ha debido tener en cuenta los diversos factores.

En primer término, el promedio de las

cotizaciones del oro en los diez años que precedieron á la presentación de los proyectos, desde agosto de 1889 hasta agosto de 1899. Ese tipo de cotización es de 303.

Ha averiguado, después, el promedio de de las cotizaciones del último año económico, que indudablemente debe reglar las relaciones de gran número de transacciones comerciales, y ese tipo resulta ser de 239. Ha tomado después todas las emisiones en su conjunto, para determinar cuál era el tipo medio de cotización del papel moneda inconvertible, desde el día que se declaró la inconvención del billete, y ese tipo resulta ser de 250.

Ha buscado después el promedio de los 128 millones de deuda interna, reducidos por la amortización á 101 millones, y ha encontrado que su tipo medio de cotización era de 303. Ha averiguado también cuál era el promedio de la emisión de títulos de deuda interna municipal, y por fin el promedio de la emisión del banco hipotecario, y ha encontrado que era respectivamente de 250 y tantos para la primera —la cifra me escapa— y de 200 para la emisión del banco hipotecario.

Entonces, pues, ¿cuál debía ser el criterio del poder ejecutivo? Forzosamente el que resultaba del promedio de todas estas emisiones, beneficiando todavía á aquellos que encuentran que se les despoja de algo que nunca tuvieron; porque el papel depreciado sirve de instrumento en las relaciones internas del mercado, por su valor depreciado y jamás se le ha ocurrido á nadie que teniendo hoy un billete de cien pesos pueda adquirir legítimamente el derecho de que le paguen mañana cien pesos oro.

¿Dónde ha adquirido ese derecho?—En la leyenda del billete!

Ya examinaremos la leyenda del billete; ya llegará la ocasión de estudiarla de los diversos puntos de vista en que puede serlo.

Y bien; el poder ejecutivo procedió cautamente, eligiendo ese tipo, sin colocarse, como dicen algunos impugnadores, en un tipo de alza. Porque el poder ejecutivo no es responsable de que el mercado levante y descienda el precio de la moneda. ¡Si justamente, señor, la moneda de papel inconvertible será siempre el instrumento más prospero de la especulación! ¡Si esta

es la causa del juego contra la riqueza pública, y del cual un país no puede substraerse hasta el día que consiga establecer una equivalencia absoluta con el medidor de los valores del mercado internacional.

Entonces, el poder ejecutivo debió elegir el tipo que resultaba del promedio de esas transacciones y este fué el que eligió.

Llega el caso de estudiar la posibilidad de hacer la conversión en otra forma que la proyectada por el poder ejecutivo.

Todos los señores diputados saben que no hay sino tres formas de realizar una conversión: la conversión á la par, la conversión en escala descendente y la conversión de los proyectos del poder ejecutivo.

Desde el momento que el criterio que los ha inspirado, es el del término medio de todas las transacciones, resulta que ellos adoptan uno de los tres sistemas de conversión conocidos; porque, como nosotros no podemos inventar nada en esta materia, hemos tenido que optar por uno de los tres: ó conversión á la par, ó en escala descendente, ó conversión en los términos proyectados por el poder ejecutivo.

¿Hay alguno de los señores diputados que pudiera sostener, sin que esto constituyera una heregia económica (me disculparán los posibles sostenedores de esta idea), la conversión á la par, que importa sencillamente decretar la quiebra del país, desde el momento que aquel que ha obtenido el día antes un crédito á papel debería cancelarlo como un crédito á oro? ¿Es posible concebir que si un país como la Inglaterra, que dominaba al mundo por su comercio; que beneficiaba de las inmensas ventajas que le daba ese monopolio comercial; que beneficiaba del descubrimiento reciente de las grandes máquinas; que asistía á una evolución en los hilados de sus tejidos; es posible sostener digo, que si la Inglaterra sufrió quebrantos por una depreciación, más bien dicho por una conversión sobre una depreciación de un 4 por ciento, puede la República Argentina decretar la conversión á la par de su moneda cuando esta depreciación es de un 135 por ciento?

¿Es esto concebible?

Y si no lo es, ¿cuál es entonces la razón de la impugnación á los proyectos?

Esto, señor: que el país no pide la conversión; que el país no reclama que la

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

conversión se haga, ni hoy ni mañana; que lo que quiere es que se deje gravitar la riqueza pública y que ella se encargue de formar su verdadero y más sólido encaje.

Esto tampoco es posible, señor presidente. Porque no se evita con ello, lo que un país tiene que evitar para substraer á los azares del agio su riqueza pública: la fluctuación de la moneda.

Se me dirá que la fluctuación no se impide con los proyectos; pero he de llegar á considerarlos en su propósito y hemos de ver si este procedimiento es ó no más eficaz que el de no hacer nada.

El pretender que el país realice por sus propias fuerzas la conversión, sin exponer al papel moneda á las fluctuaciones que derivan de la especulación y del azar de las cosechas, es el más profundo error que se pueda sustentar en esta materia. Es tan imposible, señor, como pretender que en la inmensa superficie de los mares deje de moverse, al capricho de las olas, el barco más poderoso que el hombre haya podido crear! (*Muy bien!*)

¡ Si el papel es el instrumento de la fluctuación, si es el instrumento de la inquietud, si es el instrumento del quebranto! El comerciante que contrata á término no sabe cuánto deberá pagar; y aquel que espera recibir no sabe cuánto se le entregará.

Y es este juego, este vaivén de la fortuna pública que representa hoy 150.000.000 de pesos, que representará mañana 180.000.000, el que lleva la inquietud á todos los hogares y la ruina y la miseria á los que de buena fe dedican su esfuerzo y su actividad á la vida del comercio!

Se dice, señor presidente, que la conversión debe hacerse por un tipo de escala descendente.

Voy á decir sobre este punto lo necesario para no desvirtuar el informe que la minoría ha de ofrecernos con toda la ilustración y galanura con que es capaz de hacerlo el señor diputado por Buenos Aires.

La conversión en escala descendente es menos que una posibilidad: es un sueño.

Es necesario darse cuenta del mecanismo del crédito en un país, del mecanismo de la circulación, del incentivo que natu-

ralmente ofrece una situación dada á la aplicación de los capitales. Y desde el momento que la República Argentina brinde al extranjero el mejor negocio que hay, el de adquirir papel, un papel que se va valorizando en una proporción que representa la colocación más lucrativa, es natural que este país constituya una presa para el capital perfectamente garantido que venga á tomarla, arruinando tranquila, deliberada y conscientemente el trabajo perseverante de los hombres que habitan su suelo.

No voy á citar sino un hecho, un antecedente histórico que es perfectamente aplicable.

La conversión en escala descendente no ha sido intentada más que una vez en la historia de todos los pueblos, y fué el fracaso más estrepitoso que se recuerda: en Rusia, en 1862.

Un ministro, seducido por la conversión en escala descendente, concibió un plan aceptado por el emperador. Voy á dar ligeramente los perfiles de aquel cuadro.

La Rusia contrató un empréstito de 15.000.000 de libras para asegurar su plan de conversión en escala descendente.

Incorporó esa gran masa de oro proveniente del empréstito á lo que tenía en su banco en aquel momento: 79.000.000 de rublos oro y plata y 12.000.000 de rublos en inscripciones de renta, y anunció *urbi et orbi* que los rublos de plata servirían para convertir los kopeks, que eran la división centesimal del rublo, así como nuestro centavo es el submúltiplo del peso.

Después de establecer que el banco del estado emitiría nuevos billetes en reemplazo de los que recogiera, pero sólo contra especies de oro y plata, anunció que sus oficinas se abrirían para recibir los kopeks con esta tarifa de valorización creciente: el 1º de mayo el imperio ruso convertirá por un rublo de plata 110 y 1/2 kopeks; el 1º de octubre, 107 1/2; el 1º de noviembre, 107; el 1º de diciembre 106 1/2; el 1º de enero de 1863, 106; el 1º de agosto, 102 1/2; el 1º de septiembre, 102; el 1º de octubre, 101 1/3; el 1º de noviembre, 101; y el 1º de diciembre, 100 kopeks.

Desde luego debe comprenderse que allí la presa era mayor y las bolsas de Londres, de París y de Berlín se arrojaron sobre ella, y al cabo de seis meses el drenaje

de oro en el banco imperial ruso era tal que tenía ya un desequilibrio de 10.037.000 rublos. Pero esto no era nada, porque posteriormente á esa fecha, desde el 1º de enero de 1863, el desequilibrio proveniente de la extracción, ó más bien dicho, el desequilibrio proveniente de las entradas y salidas, había de ser mensualmente casi tan importante como lo había sido en los primeros seis meses de la conversión. Total: que después de una extracción de cincuenta y ocho millones de rublos, el emperador dió un ukase el 19 de noviembre de 1863, cerrando por completo la oficina. El cambio sobre París, que había subido paulatinamente hasta 397 francos por cada 100 rublos (siendo la par de 400) bajó en pocos días á 350. Había concluido la operación. Pero había concluido con este resultado: con una pérdida absoluta para la Rusia, sin ningún provecho para sus habitantes dedicados al trabajo, á la industria, á todo lo que constituye el conjunto de los esfuerzos de una nación, y con inmenso beneficio para los especuladores de París, Berlín y Londres.

Este es el antecedente, y de él se ha de deducir que no es posible establecer escalas descendentes, porque aparte de otros perjuicios que se experimentaron también en Rusia, produce además, una depresión absoluta en la propiedad. Todo el mundo guarda su papel porque al día siguiente vale más, y como las fechas de conversión no tienen entre una y otra sino un espacio de un minuto, con presentarse la víspera á retirar el papel que vale menos, para venderlo veinticuatro horas más tarde, se ha hecho el más grande y seguro de los negocios; y esto hace que una propiedad ofrecida á la venta quince días, ó un mes, ó dos ó tres antes del término que fija la escala, no encuentra postor en razón de que aquel que tiene el billete va á hacer primero el cambio y después la compra. Es decir: que cada una de las fechas de conversión representa una crisis parcial, y la sucesión de crisis parciales representará fatalmente, una crisis general profunda é intensa.

Voy á ocuparme, ahora, de la leyenda del billete.

Todos los señores diputados la conocen. Dice así: «La nación pagará al portador y á la vista, etc.»

Esto quiere decir que la nación según los que interpretan la letra de la leyenda, debe convertir hoy, mañana ó cualquier otro día, un peso moneda nacional por un peso oro.

Este punto se relaciona con una de las facultades constitucionales del congreso, más debatidas en los Estados Unidos.

La disposición constitucional encerrada en el artículo 67 de nuestra constitución y en el correlativo de la constitución americana confiere al congreso la facultad de acuñar moneda y fijar su valor y el de las extranjeras.

Respecto de la primera parte de la disposición, todos los tratadistas están de acuerdo. Acuñar moneda, es una de las facultades esenciales de la soberanía, y todos la interpretan del mismo modo.

No así la segunda: la de fijar su valor; y es con la ayuda de la doctrina constitucional norte-americana y de su jurisprudencia, que voy á demostrar que los que pretenden que el congreso no tiene facultad para fijar un nuevo valor al billete y que el papel moneda nacional da derecho á recibir algún día un peso oro, se apartan de la interpretación que los altos tribunales de justicia de los Estados Unidos han dado á este punto.

Acuñar moneda, señor, á juicio de Paschal, consiste en fijar la estampa del poder soberano gubernamental, en cualquier substancia, oro, plata, cobre, papel ó cualquier otra que pueda servir como instrumento de cambio. Y deriva Paschal de esta definición la facultad implícita y expresa del poder soberano de alterar en un momento dado y por razones de conveniencia y de orden público el tipo, ley ó valor que lleva la moneda.

La jurisprudencia, señor presidente, la práctica de todos los países ha consagrado esta facultad de una manera solemne. No he de detenerme á estudiar las leyes que en diversas épocas, tanto la Francia, como la Inglaterra y la Alemania han dado para modificar las leyes de su moneda. He de referirme á una ley de los Estados Unidos, que me parece de aplicación muy interesante para nosotros.

El 25 de febrero de 1862, el congreso de los Estados Unidos, dictó una ley en plena guerra de secesión, por la cual los billetes de la tesorería de los Estados Unidos eran

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

declarados *legal tender*, moneda legal ú oferta legal, según la definición que hacen los constitucionalistas, y que esas letras tenían fuerza cancelatoria para todas las obligaciones anteriores ó posteriores á la ley.

La corte de los Estados Unidos, en el caso de *Hepburn versus Griswold*, de 7 de febrero de 1870, declaró esta ley inconstitucional; pero, posteriormente los asuntos que se llevaron al estudio de la corte, fueron resueltos en el sentido de la validez y constitucionalidad de la ley.

Entre esos casos, debo citar principalmente tres, son: el caso de *Knox versus Lee* y *Parker versus Davies*, de 1º de mayo de 1871, el caso de *Trebilcock versus Wilson*, de 22 de enero de 1872; y el caso de *Guillard versus Greenman* de 3 de marzo de 1884.

Este último caso, que he leído *in extenso* en la colección de Wallace, y el más reciente, según creo, es curioso. El señor Guillard, ciudadano de Nueva York, demandó al ciudadano Greenman, de Connecticut, por pago de 5100 dollars que, con 22 dollars y 90 centavos que declaraba haber recibido, constituían su crédito de 5122 dollars con 90 centavos, importe de cien fardos de algodón.

El demandado declaró que había satisfecho su crédito en esta forma: 22.50 dollars en oro, 0.40 dollars en plata, y que había entregado por el resto de la suma, que era de 5100 dollars, dos letras de la tesorería de los Estados Unidos, una por 5.000 dollars y otra por 100; y agregó que con esto creía haber satisfecho su obligación. El demandante no había querido aceptar esta forma de pago. La corte examinó el caso, y declaró que el poder de hacer de las notas del gobierno una moneda legal en pago de deudas privadas, es uno de los poderes que pertenecen á la soberanía en todas las naciones civilizadas y que ese poder no está expresamente prohibido al congreso por la constitución.

La ley fué, pues, sostenida, declarando que era apropiada para el ejercicio de estos poderes del congreso y que estaba de acuerdo con la letra y el espíritu de la constitución americana.

El juez Bradley, miembro de la corte de los Estados Unidos, aceptando en su informe los argumentos hechos por los eco-

nomistas que niegan á los poderes públicos el ejercicio de ese poder emanado de un precepto constitucional, dijo en el caso *Knox versus Lee* á que me acabo de referir, que en esta cuestión de la fijación del valor eran mejores jueces los hombres de estado: los economistas teorizaban y los hombres de estado gobernaban, aplicaban á un momento dado y de acuerdo con las prescripciones de la carta fundamental, las reglas de criterio, las soluciones experimentales, los remedios, en una palabra, que esa situación exigía. Esa es la opinión de Bradley, y aun la de otro juez, Strong, análoga, concordante con la deaquél.

Viene, pues, la cuestión de la unidad monetaria.

Para que pueda sostenerse que el peso moneda nacional equivale á un peso oro, hay que desconocer la posibilidad de que existe otro patrón monetario que no sea el patrón de oro.

Pues bien, en esta parte también están equivocados los impugnadores de este proyecto, si hemos de tomar la jurisprudencia americana y los antecedentes históricos de los países que se encuentran bajo el régimen de la inconvención.

El ministro Witte, citado alguna vez en esta cámara, en el informe que presentó sobre la reforma monetaria en Rusia, declaró que el rublo papel, no obstante la ley que creaba el patrón de oro, había llegado á constituir, en razón del largo período en que aquel país había vivido en la inconvención, un patrón monetario independiente en la circulación rusa.

Ahora bien, yo sostengo que el peso moneda nacional constituye también un patrón monetario independiente en la circulación de la República Argentina.

Y no puede desconocerse: nadie en sus transacciones tiene en cuenta que ese billete puede valer más que el valor de cotización que le dan las transacciones comerciales, las operaciones de bolsa.

Y esta opinión no es puramente personal. Molinari, uno de los economistas más autorizados de la época, director del «Economista belga», profesor de economía política, sostiene que cuando en la circulación se ha introducido un instrumento que acaba por reglar todas las relaciones comerciales, ese instrumento constituye un verdadero patrón monetario.

Sr. Presidente—Si el señor diputado está fatigado podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Luro—Yo no, señor...

Lo que temería es que la cámara estuviese fatigada.

Varios señores diputados—No! no!

Sr. Luro—Señor presidente: la discusión de estos proyectos ha de dar lugar á que pueda tal vez completar más tarde las consideraciones que he hecho en defensa de los mismos. Quiero, sin embargo, traer también un antecedente histórico argentino que exhibe una situación parecida á la nuestra y que hace conocer cómo los hombres de entonces juzgaron la cuestión. La cita, señor presidente, podrá parecer algo vieja. Se refiere á uno de los estadistas que asistieron á las primeras luchas por la independencia y organización nacional. La cita podrá parecer algo vieja, digo, pero encierra seguramente una profunda enseñanza.

Me refiero á la opinión vertida por un ministro de Rivadavia en el congreso del año 26; á don Julián Segundo de Agüero.

Todos conocen los perfiles morales de aquel gran ciudadano. Julián Segundo de Agüero, hombre de probidad insospechable, de principios absolutos, educado en los preceptos de la más sana moral, consumado teólogo y polemista vigoroso, era una de las personalidades que completaban ese gobierno, el gobierno de don Bernardino Rivadavia, ó sea el gobierno de la «presidencia». Gobierno teórico lo han llamado los historiadores, pero es menester no olvidar, señor presidente, que á él se deben muchas nobles y útiles instituciones, que á él se deben nuestros primeros progresos y que en definitiva, ese fué el gobierno que sacó al país de la anarquía y del desorden! Gobierno teórico, pero honrado, han dicho los historiadores, y todos los argentinos han repetido y repiten que el gobierno de la «presidencia» fué un gobierno de nobles ideales, un gobierno de principios absolutos y de ardiente culto á la patria.

Y bien, señor, la situación era esta: el gobierno de Rivadavia había decretado la inconvención el año 1826 y se trataba de discutir en el congreso si la nación habría de obligarse á rescatar los billetes por su valor escrito. Don Julian Segundo de Agüero

se declaró completamente contrario á esa medida. Dice el señor Agüero: «Aseguramos que se pagará una onza de la ley que el congreso diere á las onzas, cuando se establezca la ley de la moneda con arreglo á los principios constitutivos de una moneda verdaderamente nacional. Esto es lo justo, lo único que se puede exigir y la medida de todas las obligaciones á este respecto.»

Y refiriéndose, después, á la situación del poseedor de un peso papel que llevándolo á convertir, se encuentra con que sólo vale la tercera parte de un peso español, se colocaba Agüero en esta situación: de darle al nuevo peso por el patrón monetario nacional, un valor algo mayor que el valor de su cotización en plaza, y decía: ¿Se habrían pagado los billetes circulantes en más ó en menos de su valor? En más sin duda. Pero, se dirá que en menos de lo que se había prometido. ¿A quién se hizo esa promesa? ¿Quién la hizo? ¿Y quienes la aceptaron individualmente? ¿Dónde están unos y otros? Imposible encontrarlos: ningún arbitrio hay para distinguirlos. Todos, acreedores y deudores, los particulares y el gobierno; el banco en sus grandes transacciones, los individuos en la del uso ordinario de la vida; en una palabra, *todos, dando y recibiendo, pagando ó cobrando, han dado, están en uso y en posesión de dar el valor real de una tercera parte de un peso español por un billete de á peso.*»

Esto es aplicable á todas las situaciones: el peso tiene una fuerza adquisitiva que le da el valor de su cotización. No hay, pues, perjuicio en reducirlo cuando esa reducción se hace dentro de un promedio racional que resulte de las cotizaciones de los últimos tiempos.

«Por qué cobrar, pues, dice, por él, un peso español? ¿Y por qué pagar más del valor que se le da y que tiene actualmente? Se me dirá: Porque en eso se hace lo que conviene. Una moneda puramente representativa está sujeta fácilmente á los accidentes que afectan su crédito, que es su valor, y cuando no hay otra, y esta se trata de realizar, las únicas reglas son las que deben tenerse presentes para la amonedación de las especies circulantes.

«En todas las operaciones en que la sociedad es el objeto inmediato, no se puede entrar en el balance específico de los in-

Octubre 16 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2.ª Sesión de prórroga.

tereses individuales: la ley los nivela todos.

Así sucederá en nuestro caso: *todos ganarán y todos perderán, los acreedores y los deudores; y como todos invisten esta doble condición, sus intereses estarán balanceados exactamente en lo general.*»

Señor presidente: si tuviéramos hoy en esta cámara quien presentara la cuestión en estos términos, me parece que posiblemente la convicción que yo deseo llevar al ánimo de todos los diputados sería más firme.

Es verdaderamente grato al patriotismo, señor presidente, la evocación de estos recuerdos, que son como los effluvios de un pasado que aparece tanto más remoto, cuanto que para alcanzarlo hay que rasgar la tiniebla densa de la tiranía y el largo y doloroso alumbramiento de la organización nacional. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Esto, señor presidente, nos demuestra que la política de las conveniencias públicas ha sido, desde hace muchos años, la política de todos los gobiernos argentinos. Ello nos demuestra que estas ideas fueron aceptadas por los hombres que formaron el congreso de 1826.

¡Y qué personalidades, señor presidente!

Manuel Moreno, el profundo pensador de los federales; el Deán Funes, ilustre historiador del Paraguay, del Tucumán y Buenos Aires; don Valentín Gómez, á quien no bastándole para su fama su renombre de teólogo y de filósofo, se arrojó á los campos de batalla para conquistar laureles de guerrero en Las Piedras y de diplomático en el Brasil (*¡Muy bien! ¡muy bien!*) Gorriti, el canónigo de lógica inflexible; Laprida, el patriota de Tucumán; el doctor Passo, viejo servidor de la revolución; Dorrego, el vehemente tribuno de los federales; Vélez Sarsfield, que se iniciaba brillantemente en la vida pública. Y veinte más que han dejado, con su esfuerzo y sus sacrificios, un gran lustre para la historia de la patria.

Y bien, señor: si todos los antecedentes, si los antecedentes del año 26, si los antecedentes de 1859, si los antecedentes del 60, si los antecedentes del año 1867, bajo el gobierno de don Adolfo Alsina, antecedentes que no he estudiado en lo que se refiere á sus iniciativas en el orden monetario, por ser esta una cuestión conocida y ha-

ber sido divulgada en un folleto muy estimable; si los antecedentes de 1881 son todos favorables á este criterio, yo pregunto, señor presidente, si el poder ejecutivo de la nación está huérfano, como se dice, en esta iniciativa que reposa sobre situaciones idénticas observadas en el país á través de sus agitaciones, de sus luchas civiles y de sus tiranías.

No, señor presidente: descansemos en la seguridad de que pisamos un terreno firme; de que lo que el poder ejecutivo propone es lo que conviene al país, es lo que consulta la mayor suma de intereses vinculados á su suerte, á su engrandecimiento y á su comercio; en una palabra, es lo que consulta la equidad, la justicia, la prudencia y la previsión.

Entonces, señor presidente, no debemos temer que el juicio de la historia pueda condenarnos. No ha condenado á los Estados Unidos, á los hombres de aquella república naciente, que vieron el billete depreciado, honda y gravemente depreciado, y consideraron que la justicia, la equidad y la prudencia aconsejaban no hacer la conversión sobre el texto de su leyenda, sino realizarla al tipo que resultaba de la desvalorización del medio circulante.

Y así tenemos que no obstante ser su leyenda bien expresiva, pues dice: «este billete da derecho al portador á recibir tantos pesos españoles (que era la moneda que servía en los tiempos en que la España gobernaba en sus inmensas colonias y derramaba los beneficios de sus producciones, de sus minas en todo el universo) á recibir tantos pesos españoles acuñados ó su equivalente en oro ó plata de conformidad con la resolución del congreso reunido en Filadelfia el 10º día de mayo del año del Señor de 1775», no obstante la leyenda del billete americano, el congreso de 1779 no vaciló en hacer la conversión al tipo de 40 por uno; y la leyenda del billete no podía estar sobre el criterio de justicia, de equidad, y casi diré de moralidad, que impide que el tenedor de un billete papel pueda exigir que se le convierta en un billete en oro, lo que importaría la más grande extorsión al país, lo que importaría la ruina y la bancarrota definitiva!

Tenemos á la Rusia. ¿Qué dice su billete? «Billete de crédito del estado. A su presentación se entregará sobre el fondo de cam-

bio del banco del estado un rublo en plata ó en moneda de oro». Esto dice el billete ruso, y á pesar de ello, señor presidente, acaba de hacerse la conversión en Rusia recibiendo un rublo y medio papel por un rublo oro; es decir, que allí también con el criterio de los impugnadores se ha violado la fe pública.

Se ha violado la fe pública, se dirá con la estricta interpretación del lenguaje, pero yo afirmo que no se ha violado la fe pública tomando en cuenta que las naciones tienen un poder soberano de que no se desprenden, y es el de fijar en un momento dado el valor de su moneda. Cuando los hechos demuestran la conveniencia, la justicia, la necesidad de que esa moneda, ese título, sea alterado, las naciones proceden con el criterio de las conveniencias públicas, y en forma alguna con el criterio teórico que da el examen de la leyenda de los billetes monetarios.

Voy á terminar.

No sé si he llevado el convencimiento al espíritu de los señores diputados; no sé si he sabido interpretar la opinión de la mayoría de la comisión. Pero si así no fuera, cúlpese á mi insuficiencia, en forma alguna á la naturaleza de los proyectos, en forma alguna á los proyectos mismos. Yo soy un convencido de la eficacia de este plan financiero. No he obedecido á ningún sentimiento de solidaridad política al fijar mi posición en este debate. No he obedecido á ningún vínculo, que no sea el del bien público, y creo, señor presidente, y desearía no equivocarme, por los beneficios que esto reportaría al país, que con la sanción de este proyecto se inicia un período de gran prosperidad para la República. Ya se sienten virtualmente sus efectos. Ya se puede constatar este fenómeno no ocurrido en muchos años: que la producción nacional se haya hecho substrayéndose á los azares, á las sorpresas del agio.

Y bien: si estos son los beneficios, si los perjuicios son nulos ¿dónde está la razón

de la impugnación? ¿dónde está la razón del ataque? Yo creo que los agiotistas podrán elevar por algún tiempo el campo de sus operaciones, depreciando artificialmente el billete; creo también que los desconfiados podrán metalizar sus existencias seducidos por la paridad que los proyectos crean. Pero también pienso que si se deja la libre expansión á las fuerzas del trabajo nacional, unos y otros, agiotistas y desconfiados, podrán caer aplastados por el esfuerzo colectivo.

Y si esta es mi convicción, lo es, también, que el congreso no debe dejar que el país resuelva solo el problema. Es necesario mantener siempre firme el propósito fundamental que los proyectos encierran: el de la conversión definitiva de la moneda circulante. A ese propósito, á esa obra, deben cooperar gobernantes y legisladores trayendo cada uno su piedra al edificio de la reorganización definitiva en las finanzas de la nación.

Sólo así habremos substraído alguna vez el trabajo á las sorpresas y azares del agio y habremos levantado definitivamente el edificio de la prosperidad nacional.

He dicho. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Varela Ortiz—Pido la palabra.

La solemnidad misma de la cuestión que está en debate indica la necesidad de que pasemos á cuarto intermedio, no como la honorable cámara había resuelto para celebrar sesiones diariamente, sino hasta el miércoles.

Los señores diputados que se disponen á impugnar al señor miembro informante requerirán, sin duda, tener á la vista la extensa y espléndida exposición que la cámara ha escuchado, razón por la cual me voy á permitir hacer indicación para que la próxima sesión sea el miércoles.

—Se aprueba esta moción.

—Se levanta la sesión siendo las 6 y 30 p. m.